



LA RUTA DE MARCEL YOLLY

URDABURU

El murallón sur del Midi d'Ossau lo surca una gran vía de escalada abierta en la postguerra por los hermanos Arnauton, Paul Limargues y Marcel Yolly.

Esta vía, aunque en la actualidad no es la más difícil del macizo, durante muchos años sí lo ha sido, caracterizándose como una ruta de V° Superior, dura, atlética y fuerte. Es una vía muy variada y completa, en casi su totalidad en libre. En su mitad se halla la clave de la escalada, «la chimenea gris», ciento veinte metros difíciles, extraplomos, fisuras, empotres, placas, etc. Esta ruta se caracteriza por ser una escalada tan difícil como segura, debido a ser un granito de la mejor calidad. Es mejor escalar una vía de incluso VI° de roca buena, que no una vía de IV° pero de roca descompuesta, con la consiguiente y continua caída de piedras, haciendo la progresión totalmente desagradable. Por el contrario, la vía Jolly, incluso debido a su dificultad, todos los veranos tiene a dos asiduos visitantes, se trata de dos «chavales» franceses que rondan los cincuenta años, y que cada año hacen la ruta Jolly, tal y como aquí se hace la tradicional marcha a Iciar o en Navarra la «Javierada».

Joseba y yo nos encontramos en su base; los garbanzos de la noche anterior nos han hecho ponernos rápidamente en cuclillas, en posición de «desocupé», y por mucho que intentamos no podemos mirar la pared de abajo arriba, pues los músculos del cuello no parecen estar de acuerdo. Creo que es uno de los ejercicios de gimnasia más difíciles que conozco.

Gran momento, pared difícil y abundante material. ¿Qué más podemos pedir? A medida que se suceden los largos de cuerda, admiramos el panorama, en este día bonancible, en el que el tiempo parece detenerse, y el paisaje adquiere un tono prehistórico y real. El único signo humano aquí son las clavijas que hay colocadas, ya que hasta el refugio, desde aquí, se confunde con las rocas que le rodean. Esta maravilla no estamos dispuestos a perdérsola. Nuestros ojos y nuestra mente parecen estáticos ante tanta naturaleza salvaje, pero también hemos venido a escalar esta pared y nuestra visión se ve interrumpida por el siguiente largo que nos llevará a la base de la citada «chimenea gris».

Joseba ha comenzado el primer largo de la chimenea. No lo pregunto nada, lo veo ágil, seguro y feliz. ¿Qué más se le puede pedir al compañero de cuerda?

De esta forma transcurre la escalada hasta llegar al último largo de la chimenea. Comienzo por unos pases en libre todo en V°, hasta llegar a una placa extraplomada en artificial, en la cual encuentro dos clavos, suficientes para dominarla. Como es costumbre, golpeo una y otra vez y el «cantar» me dice que están superseguras y me cuelgo en el estribo dejándome balancear al montar en el primer peldaño. Debajo de las botas, doscientos cincuenta metros verticales; estoy a gusto.

—¿Qué tal te va? —¡Estoy recordando mis viejos tiempos en el columpio!

Salgo del estribo a una fisura-empotre, en la cual me meto entero, viendo balancearse el estribo, triste quizás, por haber abandonado a su trapecista, pero en seguida tendrá a Joseba por ocupante. He llegado al final de la «chimenea gris» y una angosta terraza me recibe. Monto una segura reunión y tenso fuerte la cuerda, pues en el empotre no creo que se lo pase muy bien mi compañero con la mochila en la espalda.

Entre nosotros es costumbre llevar siempre la mochila el que va de segundo de cuerda en el largo y máxime en las vías en las que existen chimeneas y empotres.

Al cabo de dos horas, llegamos a la cumbre de la aguja Jean Santé, final de la escalada, en la que leemos una placa conmemorativa: «A Jean Santé, mort à le champ d'honneur».

Ocho horas hemos empleado en la escalada; quedaremos incluso pernoctar en la cumbre, pero nuestros días de vacaciones están contados y no podemos permitirnos el lujo. Tenemos que bajar al refugio, pues al día siguiente nos aguarda la vía Fouquier.

La vida adquiere unas dimensiones supernaturales. A nuestro lado, un nido de cuervos, con sus dos crías, y su madre que vuela y vela por sus pequeños alrededor, consciente de su responsabilidad. En sus idas y venidas algo pone en el pico de estas criaturas, a la vez que no pierde de vista a estos dos intrusos que somos Joseba y yo.

Estamos absortos en esta maternal maniobra, que admiramos como gentiles invitados. Así de sencillo es todo esto, nada se complica, todo es libertad y nadie molesta a nadie.

Cuando iniciamos el descenso, sentimos desgana de abandonar toda esta maravilla, todas estas pétreas y perpetuas cadenas, que sirven y servirán de auténtico deleite a muchas personas cabales y auténticas.

Al llegar al refugio, un hombre nos pregunta de dónde venimos; nosotros le indicamos el itinerario de la ruta Jolly.

—¡Estáis locos!

Yo contesté a mi compañero: —¡Pobre hombre!

